

## Mejorar la conducta de los escolares contribuye en su bienestar general y en el aprendizaje.

Recensión de Eva Ortiz Cermeño. *Universidad de Murcia (España)*

Contacto: [evaortiz@um.es](mailto:evaortiz@um.es)

Fecha recepción: 04/02/2018 - Fecha aceptación: 12/03/2018

### Datos del libro

Hunter, C. (2016). *Comprender y mejorar la conducta trabajando en grupo. Una metodología centrada en el alumno*. Madrid: Narcea. 179 páginas.

La finalidad de este libro es proporcionar un mayor conocimiento de la conducta de los niños y permitir que el profesorado de la escuela sea más consciente de lo que los escolares pueden estar tratando de comunicar a través de su actuación. Se examina la importancia de considerar las necesidades individuales, sociales y emocionales de los niños, para lograr su bienestar general y su aprendizaje. Este libro aporta una metodología alternativa, centrada en el alumno, que utiliza el lenguaje reflexivo y otras herramientas, equipando a todo el personal de la escuela, con una visión holística, de nuevas destrezas en sus relaciones con los niños. La autora Hunter es consultora terapéutica y formadora, cuenta con una dilatada experiencia en el trabajo con niños maestros y familias. Ha impartido clases de cuidados infantiles en el *City College Manchester* y ha trabajado como supervisora clínica en la *Liverpool Hope University*.

La primera parte del libro consta de seis capítulos donde se ayuda a comprender los diferentes factores personales, familiares y del entorno que influyen en la conducta de los niños. Así pues en el capítulo I, “¿Qué necesita un niño para crecer emocionalmente sano?”, fundamentalmente la autora expone que hay que generar en los niños y niñas, confianza y un fuerte sentido del yo,

además de ser capaz de comprender los sentimientos y de poder expresarlos relacionándose con otros y evitando el aislamiento. Hay que responder a lo que el alumnado está sintiendo y reforzar esto con el tono de voz, las palabras y la expresión facial adecuada, apoyar al escolar ayudándolo a encontrar formas de expresar sus sentimientos. Programas de trabajo para promover la salud emocional, como recoge Hunter, son experiencias en grupo donde los niños son elogiados y estimulados para construir la autoestima; desarrollar la independencia y la seguridad en sí mismo; promover las cualidades individuales de los niños con la intención de conseguir una autoimagen positiva; identificar y reconocer el esfuerzo desarrolla el sentido del deber; estimular a los niños para que asuman riesgos, desenvuelve la fe en sí mismo, etc., Por tanto, “los programas de trabajo en grupo se han diseñado para mejorar la salud y el bienestar emocional de los niños, además de facilitarles destrezas esenciales para la vida cotidiana” (p. 31).

Hunter sostiene que debemos tener en cuenta como recoge en el capítulo II, el “Impacto de las circunstancias externas en la capacidad de aprender del niño y su éxito en la escuela”. Todos los seres humanos tenemos necesidades emocionales básicas de amor, comprensión, reconocimiento, y que

dentro de la familia los niños aprenden experiencias y desarrollan estrategias para afrontar como sobrevivir en el mundo. “La familia es el lugar en el que los niños aprenden un código inicial de proceder con orientaciones, normas y expectativas de conducta” (p. 35). Los niños que carecen de normas y tienen mucha libertad pueden sentir que la escuela es muy restrictiva y mostrar un elevado estado de ansiedad. Es necesario que los escolares que experimenten estos impedimentos, se les de tantas explicaciones como sea posible para que se sientan seguros y adaptados en la escuela, aprendiendo la autorregulación gradualmente.

De acuerdo con Hunter, las dificultades externas a las que pueden estar enfrentándose a diario algunas familias son entre otras, la violencia doméstica, la pobreza, la pérdida de seres queridos, la falta de trabajo, drogas, alcohol, etc., y estas circunstancias pueden afectar a que no se esté emocionalmente bien para atender las necesidades emocionales de los hijos, ya que uno de los progenitores o ambos, no están en condiciones óptimas para poder hacerlo, de este modo el niño puede experimentar estrés, ansiedad, se siente inseguro y crea igualmente a los padres las mismas sensaciones, entrando en un círculo vicioso entre todos. “Cuando los niños viven con esta incertidumbre y falta de consistencia y seguridad, puede ser difícil que la escuela sea la base segura que tiene que ser. Esto puede influir en su seguridad en sí mismo y en su autoestima” (p. 47). Las escuelas se enfrentan a la enorme tarea de tratar de cambiar estas conductas ayudando a los niños a adaptarse dando respuesta a su situación, estableciendo rutinas y atendiendo a sus necesidades, a través de la motivación y con objetivos claros y concisos, para desarrollar aspiraciones y ayudar a estas familias trabajando conjuntamente en comunidad con estas situaciones.

“¿Qué trata de decirnos un niño a través de su conducta?”, acorde con la autora, en el capítulo III, los adultos olvidamos a veces que tenemos destrezas comunicativas y la capacidad de articular nuestros pensamientos y sentimientos a través de nuestra expe-

riencia para resolver los conflictos que van surgiendo en nuestra vida, pero cómo se comunican los niños, qué sienten. Hunter nos muestra diferentes ejemplos de conducta y los sentimientos que pueden demostrar los niños ante ellas, como: esconderse debajo de la mesa (asustado); seguir al adulto por la escuela (aislado); arrojar objetivos (enojado); pegar a alguien (frustrado); jugar con algo (ansioso); desafiar a un adulto (aterrorizado); criticar a otro niño (celoso); decir que no le importa algo (avergonzado); copiar el trabajo de otro niño (sentido de fracaso).

“Cuando los niños nos muestran sus sentimientos a través de su conducta, es importante que no solo tratemos de comprender lo que están sintiendo y tratando de comunicarnos, sino también que les facilitemos un vocabulario emocional para ayudarlos a hablar sobre sus experiencias” (p. 55).

Los niños aprenden a difundir sus propias estrategias de oposición para controlar su ansiedad y esto puede manifestarse de diferentes formas: payaso de la clase (para llamar la atención); mandón (controlar todo con el fin de sentirse seguro); perfeccionista (hacer las cosas bien y de un modo determinado); acosador (necesito que otras personas se sientan mal para yo sentirme mejor); desentendido (estar ensimismado en su propio mundo es el lugar más seguro para estar); o inquieto (jugar con cosas o moverse continuamente le tranquiliza y si no lo hace se siente asustado y ansioso).

Es importante “Integrar el bienestar emocional de los alumnos en el conjunto de la escuela”, como se expone en el capítulo cuatro, con el fin de identificar el éxito de una escuela, es necesario comprobar si los niños son felices, están adaptados y manifiestan todo su potencial en la jornada de la escuela, para ello hay que comprobar como destaca la autora qué tipo de sentimientos experimentan ante diferentes situaciones: dejar a un ser querido al llegar al colegio (asustado); seguir reglas (abrumado); escuchar instrucciones (confuso); controlar cambios como tener un nuevo profesor (aterrado); comer en el comedor (intimidante), etc.

“Los mensajes que reciben los niños del entorno de la escuela, y del profesorado, pueden reforzar también cómo se ven a sí mismos y cómo experimentan el mundo” (p. 68). Organizar un ambiente escolar adecuado permite a los niños expresar y controlar a diario sus sentimientos, utilizando un lenguaje reflexivo, que les permita valorar de forma adecuada su conducta personal y podamos trabajar de forma óptima y beneficiosa con ellos. Para conseguir esto con buenos resultados hay que “Desarrollar relaciones positivas y significativas en la escuela”, que en el capítulo V, Hunter explica que sería fundamental que los niños tengan un patrón de cómo hacerlo. Que los escolares tengan la oportunidad de experimentar una relación consistente con su profesor de forma cordial en el aula, que se les ayude a entablar amistad con otros niños, construir su seguridad en sí mismo y su autoestima para percibir un sentido más positivo de sí mismos y de los demás, que el personal de la escuela entienda las necesidades y demandas de los niños siempre y cuando no perturben a los demás.

“Cuando el personal de la escuela responde a las ansiedades y temores de los niños desde la compasión y la comprensión, en vez de ignorarlos considerando esas cosas como tonterías sin importancia, están validando la experiencia del niño y permitiéndole sentirse seguro y apoyado en la escuela” (p. 93).

No puede subestimarse la labor que el personal de la escuela ejerce, de acuerdo con la autora en el capítulo VI, “Los educadores pueden mejorar el bienestar de los niños”. A veces, dirigirse a toda la clase o hacerse preguntas en voz alta puede ser una forma eficiente de apoyar a determinados alumnos para que traten de cambiar su conducta y puede ser menos correctiva que dirigirse a los niños de forma individual.

“Conseguir que todos los niños tengan claras las expectativas conductuales del profesorado con respecto a ellos puede facilitarles el trabajar juntos y apoyarse unos a otros para conseguirlo. La atención a la conducta que desea ver y la validación de la misma, en vez de centrarse en la conducta indeseada, pro-

porciona un refuerzo positivo a todos los niños” (p. 96).

La segunda parte del libro, que abarca cinco capítulos, se centra en la dinámica del Trabajo en Grupo con diferentes herramientas de control y mejora de la conducta, que motiva en los niños la autoconfianza, la autoestima y la capacidad de superar adversidades. El capítulo VII trata de “Los beneficios del trabajo en grupo”, un entorno positivo y estructurado permite a los niños que practiquen nuevas destrezas. Ejemplos de conductas que destaca la autora antes de trabajar en grupo pueden ser los siguientes casos: necesita muestras frecuentes de aprobación por parte del adulto; copia del trabajo de otros niños; no aporta ideas a las discusiones de clase; grita constantemente; no quiere mostrar su trabajo; está callado y reservado; habla con frecuencia de sí mismo y apenas de otras personas; interrumpe con frecuencia; se distrae con facilidad y muestra poca concentración; cuenta mentiras sobre otros niños; no para quieto y nervioso; rabietas periódicas y arrebatos de cólera.

Ante estas conductas después de estar integrados los niños colaborando junto a otros compañeros se observa que, los niños son más seguro de sí mismos y demanda menos atención de un adulto; trabaja por su cuenta; feliz por compartir sus pensamientos; es capaz de esperar su turno y ser paciente; está orgullo por compartir su trabajo; habla y tiene más seguridad en sí mismo; entabla amistades positivas y demuestra interés por otras personas; concentración y período de atención mejorados; más popular, ya no cuenta mentiras; tranquilo y concentrado; feliz consigo mismo. “La experiencia de trabajar en grupo presenta a los niños muchas ideas y conceptos nuevos. Además del desarrollo de destrezas sociales y emocionales, también puede ampliar el vocabulario de los niños presentando palabras nuevas” (p. 112).

“El rol del facilitador en el grupo”, en el capítulo VIII explica Hunter, tiene que desarrollar destrezas, capacidades e impulsar habilidades nuevas para controlar la conducta de los

niños, a través de la capacidad de autorreflexión con un lenguaje positivo que estimule a los escolares a mejorar su comportamiento y actitudes. Sería conveniente informar de los cambios logrados en los niños destacando el esfuerzo conseguido por parte de estos para mejorar su autoestima. Tan importante es el papel del profesor para orientar a los niños en las tareas a realizar y contribuir a conseguir resultados positivos en su aprendizaje y conducta, como la forma de distribuir a los niños en grupo, y en el capítulo IX se establece el “Comienzo, desarrollo y final del trabajo en grupo”.

Hunter argumenta que los grupos funcionan bien con un máximo de cuatro niños, todos del mismo nivel de edad, o un par de niños para efectuar una intervención más intensa o que necesiten un apoyo extra. Puede resultar beneficioso, que los grupos sean mixtos para que sean conscientes de las diferencias entre ellos y mejoren las relaciones. De igual modo debe tenerse en cuenta las personalidades del alumnado de manera que haya combinaciones entre los más dominantes y los que no son tanto. “Cuando se considera la composición del grupo, es esencial que se tengan en cuenta las necesidades individuales de cada niño para garantizar el éxito del grupo y la seguridad emocional de los niños” (p. 119). El desarrollo de las sesiones debe durar aproximadamente unos 40 minutos. El docente debe asegurarse de que los escolares siguen las orientaciones de tiempo establecidas y al finalizar las sesiones es conveniente reconocer el trabajo realizado de los estudiantes.

En el capítulo X, Hunter muestra cómo se trabajaría el “Programa para el grupo amistad y orientaciones para el facilitador” destacando un sumario de cada sesión semanal y de las actividades. Por ejemplo, una de ellas podría ser: inicio (10 minutos), comentarles a los niños las directrices a seguir y las reglas básicas, preguntándoles si quieren añadir alguna y cómo se sienten al respeto con la tarea propuesta. Actividad central (25 minutos), ponerlos por parejas, para hacer preguntas sobre el ejercicio a elaborar. Conclusión (5 minutos). “Este programa del

“Grupo de Amistad” es una forma de ayudarlos a practicar y desarrollar nuevas destrezas, como compartir y respetar turnos, y las actividades son formas de ayudarlos a ellos” (p. 128).

Igualmente, en el capítulo XI, “Programa para el grupo de autoestima y orientaciones para el facilitador”, la autora recoge como podría llevarse a cabo semanalmente. Se destaca principalmente, teniendo en cuenta los tiempos establecidos explicados en el anterior capítulo, que se puede trabajar cualquier aspecto que queramos afianzar en los escolares. Con el “Grupo Autoestima”, se pretende afianzar la seguridad en los niños de que no es mejor o peor la resolución de una tarea, como por ejemplo la elaboración de un poema, sino el interés, la ilusión y el esfuerzo por llevarlo a cabo y realizarlo de forma satisfactoria fomentado la autoconfianza, de que cada uno a su ritmo puede conseguir grandes resultados. En conclusión, acorde con la autora:

“Los niños necesitan la oportunidad de sentir que pertenecen al grupo, que son valiosos, que tienen algo que ofrecer y que pueden hacer una contribución al mundo. Tenemos que tomar muy en serio la salud emocional de los niños. Si invertimos en ello, les facilitaremos destrezas básicas para vivir mejor; si no, les estaremos provocando problemas potenciales para toda su vida” (p. 161).